

# Diseño industrial en España

Javier Arnaldo

Desde la creación en Londres de la primera *School of Design* en 1832, como centro de formación bien diferenciado de las enseñanzas artísticas de la Royal Academy, la relación entre arte y diseño ha forjado uno de los grandes debates estéticos de la edad contemporánea. Las artes aplicadas han ocupado el espacio neurálgico de cuantas iniciativas (pensemos en el modernismo internacional y en la Bauhaus) quisieron restituir la unidad de las artes. La integración de las artes aplicadas o artes del diseño en el moderno ideal de *Gesamtkunstwerk* ha constituido un reto proyectado en numerosas reformas de la pedagogía artística. Producto de ello fue, por ejemplo, la tendencia que se produjo en el período de entreguerras a establecer sistemas comunes para las enseñanzas de artes y oficios y bellas artes. En España, un momento de eclosión de inquietudes de este tenor fueron precisamente los años treinta, con las interesantes experiencias vividas en las Escuelas de Trabajo y en las Escuelas de Arte, momento que coincide con el despegue del diseño industrial racionalista, de la mano de los arquitectos del GATCPAC, de Luis Feduchi, de Gutiérrez Soto y otros.

Entre sus inicios y la actualidad, el diseño industrial ha conocido un importante desarrollo en España. De ello ha querido dar testimonio la exposición que, con una selección de más de 300 objetos, se ha mostrado en el Reina Sofía de Madrid, para itinerar después por Barcelona, Bilbao y Sevilla. Lo que el concepto *diseño industrial* significa está sólo poco más o menos claro. No entran bajo su dominio las artes decorativas, aplicadas e industriales de elaboración artesanal, como la rejería, la alfarería, la encuadernación manual o el trabajo de los plateros. No cubre, por tanto, las artes industriales tradicionales; sí en cambio, las artes del diseño aplicadas a bienes de consumo producidos por la industria, sujetos a una producción mecanizada en serie. Esto es ya un sinnúmero de cosas, que van del mobiliario básico y el automóvil al sacacorchos y el submarino. Por sencilla que resulte esta distinción son muchos los ejemplos para los que no tiene una validez concluyente. Pensemos, pongamos por caso, en la butaca diseñada en 1934 por Torres Clavé que estuvo en la Exposición Internacional de París de 1937: el respaldo y el asiento de cuerda o enea tenían que ser hechos a

mano. Los comisarios de la exposición han acuñado el término (tan rotundo como insulso) de *protodiseño*, que sirve para denominar, por ejemplo, los diseños de muebles, baldosas y herrajes de Gaudí, concebidos con más afecto por el artesanado que por la industria.

Tras el capítulo del protodiseño 1900, el grueso de la exposición sigue la historia del diseño de bienes de consumo desde la II República hasta los años noventa. Y hay mucho que contar ahí. Modelos muy extendidos en el comercio internacional son de realización española, como la poltrona Butterfly de Antonio Bonet, los artículos de escritorio El Casco y el cenicero de sobremesa Copenhague. Esta clase de ejemplos alimenta el argumento fuerte de la muestra, que habla de la vitalidad, rigor y continuidad de lo que se ha dado en España en este campo de la creación en el presente siglo.

El valor de esta revisión es enorme, puesto que permite apreciar las conquistas de una constancia no del todo valorada y abre interrogantes atractivos en el campo de una disciplina aún infradesarrollada: la historiografía española del diseño. Desde que irrumpió con fuerza la industrialización en los años sesenta hasta que se produjo una moda febril por el diseño en los años ochenta hubo, por diversas circunstancias, muy escaso espacio para la reflexión sobre el trabajo del diseñador. La muestra aporta los elementos que permiten hacer balance y facilita la, por así decir, retrospectiva distancia con lo realizado que a buen seguro abrirá nuevos debates en un horizonte más amplio.

Desde 1961 existe en Barcelona la Asociación de Diseñadores Industriales del Fomento de las Artes Decorativas, una de las organizaciones que más han cuidado la gestión y divulgación del trabajo en el diseño. Otras iniciativas, públicas, corporativas o privadas, incluso centros de enseñanza, han hecho mucho en las últimas décadas por la defensa y el perfeccionamiento de la creatividad dentro del diseño industrial. Pero, lo que no se había conseguido hasta ahora en España, si exceptuamos parte de la política de exposiciones del Instituto Valenciano de Arte Moderno, es la incorporación de las creaciones de los diseñadores industriales a un espacio museográfico. El Museo Reina Sofía ha dado ese paso, siguiendo muy de lejos lo que ya se ha avanzado en otros centros de la cultura contemporánea, como el imprescindible MOMA de Nueva York. Esta adecuación no debería ser transitoria o casual. Sólo con la vecindad de las artes aplicadas estaremos más cerca del entendimiento artístico propiamente contemporáneo.